

## ✓ Víctor Andrés Belaúnde: la actualidad de su crítica a la clase dirigente peruana (\*)

Carlos Fernández Fontenoy

**L**A SENSACION DE impotencia frente a la crisis de la clase dirigente, que deja traslucir Belaunde en sus escritos, nos muestra la situación de marginalidad política de su generación, así como un contexto de constante deterioro de la administración económica Estatal, de la descomposición del sistema político basado en la hegemonía del partido civil y en la postergación de los problemas sociales, que siguen un ritmo acumulativo, cuyas consecuencias se verán en la década del treinta.

Dos son los contextos en los cuales realiza lo fundamental de su crítica: el primero, en 1914, en su discurso "La crisis presente"; y el segundo, en 1917, en su ensayo "Plutocracia costera, burocracia militar y caciquismo parlamentario".

Más que una crisis de carácter económico, la de 1914 fue sobre todo de tipo político y, por tanto, según Belaunde, de naturaleza moral.

Si bien el inicio de la crisis política la detecta nuestro autor en la

---

(\*) El presente ensayo intenta mostrar, resumidamente, la descripción crítica que hizo V.A. Belaunde de la clase dirigente de los años comprendidos entre 1914 y 1918. Lo sugestivo de los planteamientos de Belaunde, radica, en la reproducción y permanencia de muchos de los vicios y taras de la clase dirigente de su época que el lector podrá reconocer en nuestra actual clase gobernante. La visión política de uno de los más connotados intelectuales de la generación del 900 —como lo fue Belaunde— así como iniciador de la corriente social-cristiana peruana, creemos que merece nuestra más atenta consideración.

ruptura de la alianza del civilismo con el partido demócrata en 1902-1903, ésta proseguirá ahondándose, haciéndose visible en hechos como el conato insurreccional de los demócratas de 1909, la división del partido civil en 1911 (durante el primer gobierno de Leguía), el triunfo de la oposición encarnada por Billinghurst en las elecciones de 1912 y en la anarquía política de 1914, cuyo resultado fue el golpe militar de Benavides en ese mismo año. No consideramos los levantamientos campesinos y las huelgas obreras de este período al no haber hecho peligrar la estabilidad política del régimen, aunque representaran los primeros campanazos de advertencia de la explosión de los treinta.

Superada la crisis política de 1914, gracias al nombramiento del presidente Pardo en 1915 (miembro del partido civil), Belaunde verificará con cierta melancolía que, lejos de haberse tomado las medidas correctivas necesarias se continuaba reincidiendo en los mismos errores, profundizándolos aún más, tal como lo manifiesta en un artículo 1918: "En medio de una aparente paz y de un engañoso sosiego se agitan las causas de una profunda perturbación. Todos los síntomas de una inveterada desorganización gubernamental no sólo se han mantenido sino que se han agravado. Por lo que se refiere al poder ejecutivo, durante el actual período ha subsistido el régimen personal. Nuestros gabinetes han carecido de vigor y fisonomía propia; los gastos se han realizado en buena parte fuera del presupuesto. El parlamento no ha recibido una renovación efectiva; la mayoría excesiva en su número, hasta llegar a veces hasta la funesta unanimidad, ha carecido de organización . . . La alianza del centralismo y el caciquismo provincialista se ha consolidado con mengua de los verdaderos intereses regionales . . . La crisis que describimos se acentúa todavía en lo que atañe a los partidos políticos". (1)

Es la comprobación de este proceso de descomposición política y social, lento pero persistente, lo que anima a Belaunde a realizar esta diagnosis y recomendar una determinada terapia que nunca fue aplicada. Esta preocupación fue la que lo condujo a realizar una aguda crítica a la clase dirigente de este período.

El análisis crítico abarcó diversas facetas de la clase dirigente: la moral, la cultural, la actitud intelectual, el comportamiento político,

---

(1) VICTOR ANDRES BELAUNDE, "Meditaciones Peruanas", en Obras Completas (O.C.) Tomo II, Comisión Nacional del Centenario, Lima, 1987, p. 312.

social y económico, y de lo que hoy se conoce con el nombre de mentalidad.

Belaunde, a lo largo de casi toda su obra de las dos primeras décadas del presente siglo, se dedicó a llamar la atención —en casi todos los tonos— sobre la grave crisis moral que aquejaba a la clase dirigente de su época. Incluso uno de los subtítulos de su discurso de 1914, lo designó “La crisis moral de la clase dirigente”.

Partiendo del reconocimiento de que existe una real “inclinación hereditaria a la explotación y al decoratismo intelectual”, desea que “Dejen de ser nuestros tipos representativos el traficante y el bachiller”.

En esta misma línea de pensamiento, hace suya la opinión de su maestro Deustua, que afirmaba que “Hemos vivido en el constante desdén de los valores morales. Nuestra vida ha carecido del sentido ético y estético, primando sólo el sentido económico. Los autores del materialismo histórico debieron inspirarse en nosotros” (2). Siguiendo en esta misma dirección, y reconociendo que nuestra clase dirigente es “simple fuerza económica”, nuestro autor afirmó que, “En ciertos países, en que las fuerzas vitales han llevado un ritmo lento o han decaído las fuerzas espirituales, la aplicación del materialismo histórico nos aproxima a la *más exacta* visión de las cosas” (3); éste era el caso del Perú.

En relación a esta crítica moral de la clase dirigente, Belaunde resaltó las siguientes características:

“El descuido de sus deberes cívicos, su falta de sentimiento del sacrificio, su conformismo político, su aprobación tácita de *todos los grandes errores, su indiferencia estoica ante el mal* . . . Poseyendo algo más que una dorada medianía . . . su lema no es limitado como el de la clase media, *techo y despensa*; su lema, aplicado al orden económico es el de Carlos V: ‘*plus ultra*’, más allá, el máximo posible (4) . . . Se ha contentado en el Perú de los últimos lustros con haber conseguido la casi absoluta exoneración de impuestos, procurando que éstos

---

(2) *Idem*, p. 120.

(3) V.A. BELAUNDE, “La realidad nacional”, en O.C. Tomo III, p. 20.

(4) BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. 119.

gravitasen sobre la masa popular o la clase media (5) . . . Representando principalmente las fuerzas económicas, su predominio exclusivo determinaría en la política del Perú la dirección *utilitaria, corruptora y nefanda* (6)".

La crítica compartida con sus maestros, es bastante clara e ilustrativa.

Estas duras condenas no dejan de tener, en este momento, un cierto carácter premonitorio ya que, como afirma un elitista, discípulo de Mosca, y partidario de la democracia clásica, Guido Dorso, "la clase gobernante *no tiene derecho* a limitarse a administrar y proteger sus propios asuntos . . . (tiene, por el contrario,) . . . la obligación social de cuidar los intereses colectivos. Cuando la clase gobernante, en defensa de sus propios intereses, perjudica los intereses de la comunidad u obstaculiza su avance, la realidad del privilegio que siempre acompaña al poder queda al descubierto y pierde justificación. El desequilibrio de las funciones sólo puede terminar eliminando el privilegio y el carácter clasista de la clase gobernante" (7).

La práctica desaparición del civilismo como fuerza política, el autogolpe de Leguía, así como el desarrollo de las ideas y organizaciones de corte socialista, como el APRA y el Partido Socialista en los veinte, confirman, hasta cierto punto, la crítica de Belaunde y la apreciación de Dorso.

Un aspecto interesante de la crítica que exponemos se refiere a la ligazón que se establece entre la decadencia moral y la ausencia de ideales y/o de idealistas en los grupos dirigentes.

Dentro de estos ideales se resalta, sobremanera, uno: el nacionalismo.

Belaunde piensa que la nacionalidad "no está formada todavía". Subraya la debilidad de la estructura y en la inconsistencia de sus instituciones: "Si nuestra necesidad primaria es dar solidez a nuestra estructura y fuerza a nuestros organismos, nuestro ideal debe ser *eminentemente nacionalista*". . . para, luego, añadir que "Necesitamos robustecer el

---

(5) *Idem*, pp. 299, 300.

(6) *Idem*, p. 301.

(7) J. MEISEL, "El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite", Amorrortu, Buenos Aires, 1975, pp. 334, 335.

sentimiento nacional, esto que se llama el alma nacional . . . Nuestro sentimiento nacional es débil porque no queremos la tierra ni tenemos el culto de los muertos . . . El amor de la tierra es necesario; la tierra no sólo es la madre cariñosa que proporciona al cuerpo el sustento material —ha dicho un orador nuestro— sino que suscita en el espíritu los sentimientos superiores” (8).

A estas ausencias de ideal y sentimiento nacionalista —hoy diríamos de identidad nacional— en momentos en que se consideraba aún no superados los peligros de la “existencia y conservación” nacional, son a las que se refiere Belaunde cuando realiza su crítica a la clase dirigente:

“ . . . ha tenido el defecto de no arraigarse profundamente en la tierra, de no *solidarizarse intensamente con el país*, de vivir siempre con la nostalgia de otros mundos y *con el deseo de marcharse*. Nadie podrá negar las tendencias ausentistas de nuestra oligarquía”.

Por ello, Belaunde llegara a la conclusión que:

“*El nacionalismo peruano no puede basarse en ella, no es la base principal de su obra futura*. Falta de ideales positivos, de aspiraciones elevadas y profundas, es corroída lentamente por intereses contradictorios” (9).

El problema del nacionalismo entendido —en este caso— como la forja —de— y el compromiso—con—un “ideal nacional”, parte necesariamente de un proceso individual y colectivo de “identidad nacional”. Este tema, por su amplitud y complejidad, solamente va a ser tratado en este artículo parcialmente. En el caso del Perú particularmente, continúa siendo un tema inconcluso y de actualidad. Las notorias diferencias étnicas y culturales, combinadas con factores de índole económico y social, siguen siendo en nuestros días los principales problemas irresuel-

---

(8) BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. 127.

(9) *Idem*, p. 300. Esta extrañeza y falta de identidad de la clase dirigente peruana en relación a su pueblo, fue igualmente descrita y criticada por Joaquín Costa, al referirse a la clase dirigente española de su época. No fue menos crudo que Belaunde, al llegar a concebirla como “un cuerpo extraño, como pudiera serlo una *fracción de extranjeros* apoderados por la fuerza de Ministerios, Capitanías, telégrafos, ferrocarriles, baterías y fortalezas para *imponer tributos y cobrarlos*”. Véase en J. COSTA, “Oligarquía y Caciquismo”, Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid, 1975, p. 19.

tos, una de cuyas manifestaciones es el alto nivel de violencia social y política.

La temática relacionada con el "arraigo" a la tierra, en el caso de los terratenientes tradicionales y modernos, o el de la "solidaridad" o identificación con su país, en el caso de los empresarios, también denominados la "burguesía nacional", han sido estudiados tanto por autores nacionales como por extranjeros (10).

En esta dirección, el historiador peruano Jorge Basadre afirmó:

"Se ha hablado mucho de la rebelión de las masas: olvídense con frecuencia el fenómeno de la deserción de las élites" (11).

Si bien es cierto lo que expresan las citas antes mencionadas: que cuando se agudizaban los problemas en el país, parte de esta oligarquía —y del partido civil— se abstendían de dar las batallas necesarias para superar las crisis, no deja de ser cierto también que personajes, líderes de la generación del novecientos y del partido futurista, al llegar Leguía al poder, en 1919, optaron por el autoexilio en lugar de dar la batalla política contra el régimen que catalogaban como de dictadura civil o de "cesarismo burocrático". En palabras de Basadre: la deserción de las élites también provino de los hombres de la cultura, de los idealistas o de los elementos superiores.

A esta extraña paradoja de los novecentistas se refieren Hugo Neira y Carlos Franco con acierto:

"... la trayectoria vital de quienes fueron un momento la conciencia crítica y escuchada del país y, luego, con el correr de los años, un grupo de *voluntarios exilados* espirituales, hacia los años treinta al cincuenta. Huella personal, hecha de un momento de apogeo y de un tiempo de olvido. De una cosecha

---

(10) Véase en S. LIPSET, "Elites, educación y función empresarial en América Latina", en LIPSET y SOLARI "Elites y desarrollo en América Latina", Paidós, Bs.As., 1967, p. 29; en la misma obra véase a R.E. SCOTT, "Las élites políticas y la modernización en América Latina", p. 148, y G. PASQUINO, "Modernización y desarrollo político", Hogar del Libro, Barcelona, 1984, p. 55.

(11) JORGE BASADRE, "En la Biblioteca Nacional. Ante el problema de las élites", Talleres Gráficos P.L. Villanueva, Lima, 1968, p. 107.

sin siembra, melancólica metáfora que comprueba ese ritmo peruano del siglo veinte, con súbitas rupturas de imprevisibles orfandades”.

Intentando entender la indiferencia y el olvido intelectual que sufrió la generación del novecientos, desde mediados de la década del veinte, Neira y Franco lo explican, parcialmente, de la siguiente manera:

“... el silencio que poco a poco les fue rodeando, en gran parte ellos mismos lo fueron provocando. De un lado, se *ausentaron prolongadamente* del país. Unos al servicio diplomático, como V.A. Belaunde. Otros, al interés por temas internacionales, como los García Calderón. Esto fue grave” (12).

### CRITICA AL EXCLUSIVISMO

La república aristocrática o de “notables” —como prefiere denominarla Neira— no logró sentar las bases para la solución del problema del indio (mayor de la población), del latifundio, de la educación; es decir, no logró amenguar siquiera las distancias étnico-culturales ni las económicas. Ello permitió la persistencia de ciertos rezagos jerárquicos estamentales, en vías de convertirse en clasistas, cuya consecuencia, fue la continua existencia de una mayoría poblacional de “excluidos”, como diría Touraine.

Esta situación generaba un cierto tipo de comportamiento discriminatorio en el mejor de los casos y, realmente, segregacionista en su mayoría de veces. Contra estas actitudes de la clase dirigente, también se rebelará Belaunde:

“Otro defecto suyo es su espíritu cerrado y exclusivo, su repugnante atracción de los elementos afines con ella por la situación económica, o absolutamente inofensivos y manejables por su falta de valor personal; y, por último, su vituperable enemistad radical para todo lo que representa capacidad, autonomía, dignidad o altivez” (13).

(12) C. FRANCO y H. NEIRA, “El problema de las élites y el pensamiento. Los novecentistas peruanos: 1895-1930”, Monografía editada por AIETI, Madrid, 1990, p. 54.

(13) BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. 301.

No hay duda de que parte de la crisis del partido civil se debió a estos motivos. La impermeabilidad de la clase dirigente peruana a admitir a personas con capacidades y méritos suficientes, provenientes de otros sectores sociales, impidió la sana renovación que todo cuerpo político requiere. Así lo reconoce también su maestro M.V. Villarán: "... el partido civil se ha gastado en el uso prolongado del poder y su programa no ha sido suficientemente renovado ... ha perdido hombres y no ha tenido la virtualidad de reemplazarlos" (14).

Este tema fue también tratado por los elitistas italianos, sobre todo por Pareto, y recibió el nombre de "la circulación de las élites". En efecto, si bien Mosca también analizó este problema (15), fue Pareto quien lo desarrolló en forma más precisa:

"La clase gobernante es restaurada no sólo en número sino, y éste es lo que importa, en calidad por las familias que vienen de las clases inferiores, que le aportan la energía y las proporciones de residuos necesarios para mantenerse en el poder. Se restaura también por la pérdida de sus componentes que más han decaído. Donde uno de estos movimientos cesa, y peor aún si cesan ambos, la clase gobernante va hacia su ruina, que a menudo lleva consigo la de toda la nación ... Gracias a la circulación de las clases selectas, la clase selecta de gobierno está en una continua y lenta transformación, fluye como un río, y la de hoy es distinta a la de ayer" (16).

Sin embargo, quien, a nuestro entender, resume, en forma más explícita, el pensamiento de Belaunde y el de su maestro Villarán, es Suzanne Keller: "En resumen, hay varios factores importantes en el fracaso de las élites que influyen en su supervivencia: su falta de capacidad o de reproducción, ya que lo normal es heredar el puesto de la élite; la degeneración de sus poderes creadores, tanto por incapacidad de reproducción como por la selección de candidatos poco aptos, incluso determinados defectos sociales como el conservadurismo y la excesiva distancia social de la masa en general y sus problemas" (17).

---

(14) A. ROJAS SAMANEZ, "Partidos políticos en el Perú", CID, Lima, 1983, p. 118.

(15) G. MOSCA, "La clase política", F.C.F., México, 1984, pp. 171, 325.

(16) V. PARETO, "Forma y equilibrio sociales", Alianza Ed., Madrid, 1980, p. 71.

(17) S. KELLER, "Más allá de la clase dirigente", Tecnos, Madrid, 1971, pp. 231, 232.

Finalmente, habría que mencionar que, dentro del marco de las teorías de la modernización, Eisenstadt considera totalmente inapropiado para el impulso al desarrollo de los países que transitan esta vía, la existencia de una clase dirigente cerrada. Esta idea la expresa al enumerar las condiciones para que una élite sea capaz de dirigir un proceso de desarrollo: "1) Que sea mixta y contenga personas de distintas experiencias y ocupaciones; 2) que la funcionalidad de los puestos se mantenga lo más elevada posible, y que sea disciplinada y no adscriptiva; 3) que los puestos para los cuadros se mantengan lo bastante abiertos" (18).

### CRITICA AL MERCANTILISMO

La crítica económica que realiza Belaunde a la clase dirigente no se caracterizó por su inclemencia. A diferencia del fustigamiento que desencadena en los temas de carácter moral o político, en este territorio será más mesurado. Ello se debe, quizá, al concepto que tiene nuestro autor acerca del gran esfuerzo que representó la recuperación económica posterior a la guerra con Chile.

En el período post-bélico, la clase dirigente se encontró con todo el aparato productivo destruido, con un Estado endeudado y con una mano de obra diseminada. Gran parte de las inversiones, fruto del boom guanero que fueron canalizadas a la producción agrícola costeña, se perdieron. Pocos autores como Belaunde, y, en la actualidad, Alfonso Quirós, reconocen estos méritos.

Pese a reconocer este hecho, no deja de realizar algunas críticas relacionadas al enriquecimiento de parte del sector oligárquico:

"... la base de su influencia económica no ha sido tampoco de un modo principal *el trabajo*; ha sido la obra graciosa del propio Estado ... Ha prestado su apoyo a regímenes a trueque de alguna influencia parlamentaria y de cierta intervención económica en las grandes empresas relacionadas con el Estado; intervención que ha sido, en la mayor parte de los casos, es justo decirlo, honorable" (19).

Como vemos, la crítica se limita a afirmar que un buen sector de las

(18) H. JAGUARRIBE, "Desarrollo Político: sentido y condiciones", Paidós, Bs. As., 1972, p. 61.

(19) BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. 300.

fortunas creadas se deben al favoritismo y proteccionismo que el Estado ha brindado a ciertos grupos, a cambio del apoyo político.

Viejo tema que retorna, en la actualidad, en un libro tan sugestivo como lo es "El otro sendero" de Hernando de Soto, el cual hace casi la misma denuncia en relación al crecimiento de las empresas a la sombra del Estado, restándoles por ello un cierto nivel de competitividad.

### *CRITICA A LA DIVISION DE LA CLASE POLITICA*

En el aspecto político, Belaunde también desarrolló una crítica aguda a la clase dirigente, la cual en parte ya la hemos ido mencionando; pues, según nuestro autor el fenómeno económico estaba relacionado con el político, y éste con el moral.

Una de las acusaciones que recorre casi toda su obra es la relacionada a la división de la clase dirigente, la cual, entre 1895 y 1903, estuvo unida gracias a la alianza de sus dos más importantes representaciones políticas: el partido civil y el demócrata. Dicho pacto, según nuestro autor, juntó en un mismo esfuerzo a los cuadros más capaces de la clase política, capitaneados por Piérola, cuyos resultados no pudieron ser mejores: gabinetes capaces, ideales nacionalistas, orden presupuestal, estabilidad legal y económica; pero, sobre todo, honestidad y desprendimiento.

Esta idea que rondó permanentemente por la cabeza de Belaunde, tuvo una tímida plasmación en la composición del partido futurista, el cual estuvo integrado por jóvenes provenientes de la juventud del partido demócrata así como de la órbita civilista. En efecto, la creación del Partido Nacional Democrático -futurista- en 1915, intentó revivir a pequeña escala la antigua alianza entre estos dos partidos, buscando -con su creación- un "efecto demostrador" que sirviera de ejemplo y repercutiera en los grupos dirigentes históricos. Esta actitud no tuvo eco.

La práctica exclusión del partido demócrata del parlamento, gracias al control del partido civil del aparato electoral, convirtió a éste en mayoría absoluta; pues ni el partido constitucional ni el liberal representaban una fuerza considerable.

Como partido mayoritario y sin oposición significativa desapareció, en gran medida, la razón de ser del parlamento; cual es, entre otras, la de discutir los problemas nacionales, legislar, y, sobre todo, servir de control

al poder ejecutivo. La otra consecuencia perniciosa que detecta Belaunde de la inexistencia de oposición parlamentaria fue la división del partido mayoritario, el civil; el cual, ante la ausencia de otra fuerza de contrapeso, autogeneró en su propio interior grupos opositores. Esta idea la expuso en manera bastante clara:

“Una de las cualidades típicas de los buenos parlamentos es la unidad y la cohesión, en su seno, de las fuerzas políticas. Mas, esa unidad y esa cohesión no pueden mantenerse cuando las mayorías son muy numerosas y no necesitan defenderse de la oposición. En tal caso, viene de modo indefectible el desdoblamiento de la mayoría, la división de grupos que combaten entre sí, como dice Rafael Núñez, con más encarnizamiento que el que emplearían contra el enemigo común. De este modo, surge el cuarto rasgo de la historia parlamentaria: la anarquía y división del partido dominante que tiene a resolverse en extremos de fuerza” (20).

Como hemos mencionado, esta división del partido dominante adquiere contornos definidos desde 1910-1911; y, al año siguiente pierde las elecciones ante la candidatura de Billinghurst. Con el tiempo, el partido civil se dividió hasta en tres facciones, antes de su extinción.

La afirmación de que la anarquía y la división del civilismo se resolvería en “extremos de fuerza”, lo confirmó el golpe militar de 1914, y posteriormente el autogolpe de Leguía, en 1919.

Francisco García Calderón, en 1907, ya había presagiado la descomposición de los partidos al constatar la calidad de los elementos que los componían: “Il y a encore un péril dans cet éparpillement des partis: c'est que la plutocratie y domine et que les individualités faibles et stériles, munies d'une certaine force par la richesse, veulent dominer et agir sans intelligense et sans idéal . . .” (21).

Tal llegó a ser el nivel de casos y desarticulación de los partidos y del sistema de partidos que, en 1917 Belaunde los describe así:

---

(20) *Idem*, p. 91.

(21) FRANCISCO GARCIA CALDERON, “Le Perou Contemporain”, Dujarrig et Cie. éditeurs, París, 1907, p. 319.

"No debe tampoco tomarse en muy seria cuenta los partidos políticos y mucho menos lo que se les atribuye como programa o característica. Nuestros partidos son entes de razón, sustantivos abstractos, agrupaciones personalistas inconsistentes y efímeras, cambiantes etiquetas; que pueden prestar utilidad para la nomenclatura política pero que no constituyen fuerzas vivas y hondas, que son precisamente las que tiene que estudiar el sociólogo político" (22).

"Para nadie es un secreto que los partidos políticos del Perú no encarnan todas las energías vivas del país; y que la frase de Canalejas respecto de los partidos españoles, cuando decía que eran planas mayores sin soldados, tiene cabal aplicación entre nosotros" (23).

Es bueno recordar la crítica que se realiza al mantenimiento de las leyes, tanto constitucionales como electorales, basadas en un criterio territorial, más que poblacional que, aparte de no reflejar la realidad electoral del país, permite la sobre-representación del caciquismo serrano, al que considera un lastre político para la nación. Modificar esta situación traería consigo una "mejor distribución de las curules, de acuerdo con la importancia y la cultura de los centros poblados, donde son capaces de imponerse los prestigios de los hombres superiores" (24).

Así lo expresa Belaunde:

"Ha cometido dos errores la plutocracia costeña, nefandos pecados porque no lo han sido de ambición sino de mengua; ha alentado la resurrección de la burocracia militar y ha mantenido, habiendo podido extinguirlo, el caciquismo parlamentario. Si hubiera sido una oligarquía fuerte e intensamente ambiciosa y, por lo mismo respetable, no debió jamás haber alentado las tendencias hacia la influencia política en la burocracia militar y debió haber realizado, aunque fuera para sí, la exclusión del parlamento de los elementos ficticios y convencionales del caciquismo provincialista. A la obra de dominación política

---

(22) BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. 297.

(23) *Idem*, p. 316.

(24) *Idem*, p. 108.

que la hubiera habilitado para realizar un programa bueno o malo, ha preferido la *entente* con las otras dos fuerzas, *entente* que le ha restado prestigio y que le ha mermado influencia” (25).

Según esta cita, la plutocracia, lejos de buscar la exclusión política del caciquismo provincialista, se alió a él, y no sólo a él, sino además con el otro sector que tanto costó alejarlo de la vida política: la burocracia militar.

Si bien la clase dirigente fue incapaz de modificar las normas que permitían la presencia numerosa del caciquismo en el parlamento, debió por lo menos —el mal menor— convertirse en fuerza política hegemónica, imponer su programa o proyecto político capitalista, *universalizando sus intereses*, afectando incluso la propiedad gamonal si fuera necesario. Así pensaron tanto Belaunde como García Calderón, cuando se refieren a las reformas del agro.

Desde otra perspectiva ideológica, Cotler sostiene casi lo mismo: “. . . los propietarios peruanos se han caracterizado por su incapacidad de aglutinarse políticamente y convertirse en una fuerza social capaz de convocar y movilizar a la sociedad, de organizar y *dirigir* la transformación de la estructura social y, en consecuencia, arrogarse el derecho de representar los intereses colectivos” (26).

Pero, la crítica a la clase dirigente va más allá; no solamente se ha aliado con el caciquismo y ha resucitado la influencia de la burocracia militar además de no haber buscado su hegemonía política: ha sido una eficaz colaboradora del régimen personal:

“. . . lejos de constituir elemento social de orden independiente de la política y que se enfrentase a sus abusos, se ha plegado con flexibilidad desagradable a *todos* los regímenes o se ha dividido en luchas estériles, precursoras de la anarquía. Sólo *ha reaccionado y unificado tardíamente* frente a la crisis de males ya irremediables. Esta clase dirigente ha preferido *colaborar* usufructuando, a dirigir, ha huido de las grandes ambiciones

---

(25) *Idem*, p. 301.

(26) J. COTLER, “Clases, Estado y Nación en el Perú”, IEP, Lima, 1978, p. 388.

con sus responsabilidades y peligros, y de los grandes renunciamientos con sus sacrificios . . ." (27).

Esta cita tiene implacable vigencia en el Perú.

### *DESCONOCIMIENTO DE LA REALIDAD NACIONAL*

Su crítica también apuntó hacia la magra formación política de la clase dirigente. En este sentido, recalcó el poco conocimiento que tenían de la realidad nacional, conocimiento sin el cual era imposible robustecer lo que él llama "el alma nacional"; este saber sólo lo podría formar la universidad "... el día que estudie nuestra geografía y nuestra historia política y económica, más seriamente y por medio de disciplinas especiales" (28). Por ello, no deja de repetirlo permanentemente, "... la democracia necesita conductores y líderes, pero éstos sólo pueden formarse por obra del estudio de los problemas políticos y de su intenso debate. Los hombres de hoy no tienen esas cualidades, no estudian las cuestiones nacionales, no cuidan de los intereses democráticos y si no carecen, por lo menos no ejercitan sus facultades de captación de la voluntad popular ni se dedican a las empresas de noble y desinteresado proselitismo" (29).

Esta crítica de Belaunde ha sido verificada por varios autores. Por aquél entonces era normal, dentro de la alta sociedad, haber viajado a París o Londres y no conocer Ancash o el Cuzco. Desgraciadamente, esta sigue siendo una triste realidad en nuestros días. En la misma ciudad de Lima, hoy, muchos jóvenes de las clases altas que sólo conocen y viven en sus "ghettos", desconociendo en su mayoría, el propio centro histórico de la ciudad, por no referirme a los barrios populares o semi-populares. Esta realidad se ha visto reforzada por la ola de violencia y delincuencia que sufre el país.

Es cierta, asimismo, la reprobación referida a las pocas energías que la clase dirigente emplea en la labor de "captación de la voluntad popular" o de "noble y desinteresado proselitismo". Por eso, cuando Belaunde describe a los partidos los compara con planas mayores sin soldados. Este importante descuido político, por decir lo menos, fue el que generó las condiciones para que, en la década del treinta, irrumpieran en la escena

---

(27) BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. 119.

(28) *Idem*, p. 127.

(29) *Idem*, p. 299.

política los movimientos políticos multitudinarios —como los llamó Belaunde— o de masas (p.e. el APRA).

Como a menudo sucede en la vida, en este caso también surgieron los “críticos de los críticos”. Fue una opinión generalizada la que censuraba al partido futurista —del cual formaba parte Belaunde— de no pasar de ser un cónclave, un club, una academia o un museo (30), es decir, un círculo o una élite intelectual, alejada del trajín y del magisterio político popular, del olor de las multitudes. De igual manera, fue criticado el partido futurista por su lenguaje ambiguo y falta de contundencia (31).

Pese a los defectos que se enrostraban al partido futurista, éste aparecía como el natural heredero político del civilismo, más, como bien lo describe Basadre, surgieron hechos que frustraron este lógico devenir:

“Para un joven universitario entre, más o menos, 1905 y 1911 el porvenir del Perú era halagüeño: al civilismo tradicional entronizado en el poder por la circunstancia, que creíase asegurada, de la paz pública irrompible, iba a reemplazar, tarde o temprano, la brillante generación intelectual que Riva Agüero acaudillaba. Ello parecía lógico, inevitable, conveniente. Era como si, en una espiritualización de la oligarquía, reviviera la tesis de Bartolomé Herrera sobre la necesidad de que gobernarán los inteligentes. Pero ese sueño resultó frustrado por la realidad. Quienes lo habían albergado creyeron estar sufriendo una pesadilla con los sucesos que se eslabonaron a partir de 1919. No habían tomado en cuenta fuerzas más recónditas o profundas de la vida peruana: el caudillaje, el militarismo y la multitud” (32).

---

(30) J. BASADRE, “Historia de la República del Perú”, Ed. Universitaria, Lima, 1969, Tomo XII, p. 410.

(31) J. BASADRE, “Víctor Andrés Belaunde 1908-1932”, en BELAUNDE, O.C. Tomo II, p. xi.

(32) J. BASADRE, “Historia de la República del Perú”, Tomo XII, p. 410.